



PERIÓDICUS

ISSN: 2358-0844

n. 21, v. 1

jan-jul.2025

p. 354-370

La anarquía relacional como disidencia interseccional

(*A anarquia relacional como dissidência interseccional*)

(*Relationship anarchy as intersectional dissidence*)

Juan-Carlos Pérez-Cortés¹

RESUMEN: La anarquía relacional es una propuesta que aplica los principios anarquistas a las relaciones personales, cuestionando las normas y roles que las regulan. Se basa en la diversidad, la libertad y el respeto de cada individuo y busca crear redes de apoyo mutuo y afecto que superen el modelo de familia nuclear heteronormativa y monógama. En su origen es una propuesta revolucionaria de política de estilo de vida orientada a desafiar las estructuras de poder patriarcales y capitalistas. En este trabajo se profundiza en el análisis de las desigualdades de poder y en cómo estas generan distintas formas de opresión según el género, la procedencia, la orientación sexual y otras identidades. La mirada interseccional analiza cómo estas opresiones se combinan y acumulan, cómo afectan a las personas que las sufren, especialmente a las mujeres, y cómo un marco de disidencia normativa como el que propone la anarquía relacional puede atender a esta problemática.

PALABRAS CLAVE: anarquía relacional; interseccionalidad; políticas de estilo de vida; no monogamias consensuadas.

Resumo: A anarquia relacional é uma proposta que aplica princípios anarquistas aos relacionamentos pessoais, questionando as regras e os papéis que os regulam. Baseia-se na diversidade, na liberdade e no respeito a cada indivíduo e busca criar redes de apoio mútuo e afeto que vão além do modelo heteronormativo e monogâmico de família nuclear. Originalmente, uma proposta revolucionária de política de estilo de vida que visa desafiar as estruturas de poder patriarcais e capitalistas. Este artigo se aprofunda na análise das desigualdades de poder e como elas geram diferentes formas de opressão de acordo com o gênero, a origem, a orientação sexual e outras identidades. O olhar interseccional analisa como essas opressões se combinam e se acumulam, como elas afetam as pessoas que as sofrem, especialmente as mulheres, e como uma estrutura de dissidência normativa, como a proposta pela anarquia relacional, pode resolver esse problema.

Palavras-chave: anarquia relacional; interseccionalidade; política de estilo de vida; não monogamia consensual.

Abstract: Relationship Anarchy is a proposal that applies anarchist principles to personal relationships, questioning the norms and roles that regulate them. It is based on diversity, freedom, and respect for everyone and seeks to create networks of mutual support and affection that overcome the heteronormative and monogamous nuclear family model. It is from its origin a revolutionary lifestyle politics proposal to challenge patriarchal and capitalist power structures. This paper delves into the analysis of power inequalities and how they generate different forms of oppression according to gender, background, sexual orientation, and other identities. The intersectional gaze analyzes how these oppressions combine and accumulate, how they affect the people who suffer them, especially women, and how a framework of normative dissidence such as the one proposed by relationship anarchy can address this problem.

Keywords: relationship anarchy; intersectionality; lifestyle politics; consensual non-monogamy.

¹ Profesor titular de la Universitat Politècnica de València (UPV). E-mail: jcperez@disca.upv.es



1 Introducción: la anarquía relacional

La noción de anarquía relacional surge como una propuesta innovadora gestada en Suecia en el año 2005. Proviene de la perspectiva anarquista y busca expandirse más allá de los límites tradicionales de un movimiento que, en la mayor parte de sus manifestaciones, se ha ocupado de cuestiones relacionadas con la organización política, económica y las formas colectivas de gestión de la convivencia social (Bengston, 2020; Nordgren, 2012; Pérez-Cortés, 2020).

La anarquía relacional se presenta con la ambición de trascender este enfoque clásico al trasladar los principios anarquistas al ámbito de los vínculos personales cercanos, incluyendo los que se consideran convencionalmente como familiares, de amistad o de pareja. En esencia, se inspira en aspectos que, aunque han sido objeto de examen dentro del pensamiento anarquista, como la familia nuclear, la solidaridad, el apoyo mutuo, la confraternidad, el compromiso y el compañerismo, no han constituido en general el centro de su ambición revolucionaria.

Otras cuestiones centrales en la anarquía relacional son los roles de género, las formas relacionales institucionalizadas, como el matrimonio, y las dinámicas de poder que subyacen a todas estas formas de vinculación. Esta corriente de pensamiento se nutre no solo de la tradición anarquista, sino que incorpora la mirada postestructuralista, las consecuencias de las experiencias contraculturales de los años 1960, las luchas de las personas LGBTQIAP², las teorías *queer* y las teorías y luchas feministas. De esta fusión, surge una representación consolidada que incorpora diversas vivencias y reflexiones.

Desde una perspectiva activista, la anarquía relacional se suma a corrientes como el feminismo, el ecologismo, el antiimperialismo, el antiglobalismo o el antiespecismo, entre otras. Se erige como un esquema en el cual la liberación de la vida cotidiana y del estilo de vida se convierten en elementos definitorios de las ideas y al mismo tiempo en medios para alcanzarlas (Portwood-Stacer, 2013). El objetivo es integrar el cambio revolucionario en nuestras vidas en forma de relaciones libres articuladas como redes de vínculos, cuidados y afecto entre las personas, trascendiendo las burbujas heteronormativas reproductivas y productivas que constituyen el esquema monógamo heteronormativo patriarcal y proporcionan la base estructural del sistema social.

La anarquía relacional, inicialmente denominada “relaciones radicales” por sus proponentes (Bengston, 2020; Pérez-Cortés, 2020), emerge como una crítica profunda a la normatividad de lo personal, lo íntimo y los vínculos afectivos cotidianos. Este enfoque se erige como un contrapeso a

2 Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transgénero, *Queer*, Intersexo, Asexuales/Arómanticas/Agénero, Pansexuales/Poliamorosas, No Binarias y mucho más.



la norma social que rige las relaciones en lo emocional y en la vivencia de cada día. Cambia el foco del escrutinio de las estructuras tradicionales de poder como el Estado, la Iglesia y el capital que actúan mediante la autoridad jerárquica impuesta por las élites económicas, políticas y religiosas, virando hacia un paradigma alternativo que dirige su crítica hacia los ejes de poder representados por el patriarcado y el actual sistema social basado en la familia nuclear heterocéntrica y en las normas del sistema monógamo hegemónico.

Así, la anarquía relacional despliega una visión audaz y transformadora de las relaciones interpersonales, desafiando las convenciones impuestas por la normatividad y la normalidad obligatoria como estructuras de poder de la sociedad. En contraposición al referente único de la familia nuclear heterocéntrica del sistema monógamo normativo, la anarquía relacional abraza la diversidad en las formas de vincularse y en la construcción de unidades afectivas. Este paradigma alternativo, por tanto, busca liberar a las personas de las restricciones impuestas por las normas tradicionales, alentando la exploración de modelos relacionales más flexibles y acordes con la autenticidad de cada individuo. Así, la anarquía relacional no solo se erige como una resistencia contra las formas convencionales de poder, sino como un desafío en pos de la reconstrucción de las bases mismas de nuestras interacciones personales y afectivas.

Se cuestiona, de esta manera, la idea de que la estructura social deba girar únicamente en torno a la familia tradicional y que las prácticas relacionales estén obligatoriamente limitadas a la monogamia aparente, de larga duración, en serie. En el contexto de la anarquía relacional, cualquier conducta o comportamiento, incluida la monogamia, es aceptable siempre y cuando emane de la autogestión. Es decir, que sea el resultado de una reflexión compartida y de decisiones que no impliquen autoridad ni coacción de ningún tipo. La anarquía relacional aboga por la autonomía en la toma de decisiones relacionales, promoviendo un enfoque basado en la libre elección y el consenso, en lugar de en la adherencia a normas impuestas desde estructuras tradicionales.

La anarquía relacional no busca cuestionar la existencia de vínculos que puedan variar en términos de dedicación, entrega, confianza, afinidad, compromiso, pasión o afecto. Es inevitable que estos elementos se manifiesten en diferentes medidas en cada relación y en cada momento. Sin embargo, la anarquía relacional advierte sobre los peligros de delimitar y categorizar áreas específicas en función de estas dimensiones u otras cualesquiera, ya que con ello se entra frecuentemente en una dinámica de reafirmación de expectativas, privilegios y derechos estereotipados. En lugar de encasillar las relaciones en categorías predefinidas, se trataría de aceptar la diversidad dentro del responsable cumplimiento de los compromisos y los límites acordados en la expresión de los diversos aspectos que conforman las interacciones humanas.



Siguiendo patrones culturales, aplicamos involuntariamente mandatos que nos conducen a abordar los vínculos que etiquetamos como románticos o amorosos desde un enfoque diferente a aquellos que identificamos como de amistad. En general, conferimos un estatus superior a los primeros, pero paradójicamente, también los percibimos como más vulnerables. Es común considerar normal que el transcurso del tiempo represente una amenaza más significativa para las relaciones románticas que para otros tipos de vínculos.

En cierto sentido, erigimos un pedestal al que denominamos amor, reservándolo para una única persona o, en configuraciones no monógamas, para unas pocas. Ascender a este pedestal implica sacrificios y un continuo proceso de confirmación que asegure que el nivel de afecto y compromiso esté a la altura de las expectativas establecidas. Ese pedestal ejemplifica la jerarquía, específicamente cuando los citados procesos de confirmación se apoyen en vectores de autoridad. Por tanto, la anarquía relacional no se centra en la cantidad de relaciones que mantenemos – a diferencia de otros planteamientos como el poliamor o las no monogamias consensuadas, que parten de ese origen aunque en diferentes contextos han evolucionado por distintos caminos (Barbosa, 2015; Pilão, 2022; Vasallo, 2019) – sino en una perspectiva no jerárquica de la naturaleza de nuestras interacciones. Anarquía, desde uno de sus encuadres principales, se opone a jerarquía.

Concretamente, la anarquía relacional se configura como una alarma capaz de señalar los elementos de autoridad presentes en las prácticas y expectativas asociadas a las etiquetas relacionales, es decir en sus dimensiones prescriptivas, especialmente cuando estas son normativas, es decir, asociadas a preceptos culturalmente establecidos y dominantes.

2 La interseccionalidad

El poder que se da entre personas individuales varía según diferentes aspectos funcionales, emocionales, simbólicos etc. Cuando estas variaciones son muy grandes, van todas en la misma dirección, se perciben y experimentan generalmente como fijas e inmutables y están arraigadas, se habla de sumisión, opresión o dominación. Si además esto ocurre en la sociedad de forma generalizada, siguiendo siempre el mismo patrón – por ejemplo, siempre de hombres a mujeres – se habla de una opresión estructural – en el ejemplo, machismo – y de un sistema – por ejemplo, el sistema patriarcal capitalista. Hay distintas opresiones que funcionan en paralelo. Por ejemplo, de personas nativas a personas extranjeras pobres – xenofobia/aporofobia – o de personas heterosexuales a personas homosexuales – homofobia u homoantagonismo. Podemos representar estos fenómenos como gradientes que oprimen más cuanto más violencia hay, o como vectores o ejes en un espacio multidimensional si queremos comprender sus interacciones. Hasta tres ejes



pueden visualizarse fácilmente: en horizontal, por ejemplo, el machismo, en vertical la xenofobia/aporofobia y en profundidad la homofobia. La posición en este espacio tridimensional determina cuántas violencias se sufren: si se es una mujer migrante lesbiana se estará en un punto de máxima opresión. Si se es un hombre autóctono heterosexual estará en el punto que soporta el mínimo abuso estructural.

La interseccionalidad es un concepto que destaca cómo las diferentes dimensiones de la identidad y la opresión se cruzan y se influyen mutuamente en la vida de las personas. Surgió como una herramienta para analizar las experiencias de aquellas que enfrentan múltiples formas de discriminación y marginalización. Fue acuñado en 1989 por Kimberlé Williams Crenshaw, una académica y profesora estadounidense especializada en el campo de la teoría crítica de la raza (Crenshaw, 1989). La interseccionalidad tiene una estrecha relación con las corrientes feministas de la tercera ola que introdujeron nociones de raza, clase social, religión y otras identidades en el discurso y la práctica feminista. En este sentido, la interseccionalidad contribuye a la comprensión de la experiencia femenina en su diversidad y complejidad.

3 Ejes de autoridad

Podemos identificar una serie de ejes estructurales en los que, al establecer relaciones personales significativas, una sensibilidad ligada a la anarquía relacional revela automáticamente vectores de autoridad. El primero de ellos, seguramente el más importante, es el eje patriarcal de género. El patriarcado es un sistema de organización que oprime a las personas que socialmente se perciben como mujeres – sin importar sus características biológicas que pueden variar en un amplio espacio multidimensional de rasgos físicos, bioquímicos y funcionales – y que afecta a todos los aspectos de la cultura, la interacción social y el conjunto de la realidad. Es una opresión distinta a cualquiera otra, según explicó Simone de Beauvoir, por la fuerte estructura de vínculos que conecta a opresores y oprimidas (Beauvoir, 1949).

Cuando cuestionamos esa estructura, si no lo hacemos desde una perspectiva que tenga en cuenta y valore el género de una forma singular y prioritaria, es probable que se mantengan o se amplifiquen los rasgos de dominación y sometimiento del esquema anterior. Es decir, no es suficiente con intentar que el marco teórico sea igualitario y equitativo. En un ecosistema de vínculos impregnado de inferiorización, cosificación, control y poder patriarcal, es necesario aplicar una fuerza en sentido contrario para equilibrar el desequilibrio del que se parte. En particular, todos los ingredientes configuradores de las formas de relación hegemónica: los mitos del amor romántico, la ideología de la pareja, las dependencias, las culpas, los esencialismos...



todos ellos perjudican más al colectivo oprimido que al dominante. Porque la construcción social elimina en los hombres la afinidad con las mujeres. Cualquier identificación de un niño con lo femenino es censurada y ridiculizada desde la infancia. El mensaje es que las mujeres no son comparables a mí, son otra cosa y nunca hay que confundirse con eso. De esa forma, como cuando a un soldado, para que pueda matar, se le convence de que los enemigos no son como él, se reduce enormemente la tendencia e incluso la capacidad de empatizar. Solo ese motivo puede explicar la brutal incomprensión de una proporción tan alta de los hombres y su falta de disposición para ponerse en el lugar de una mujer. No puede ser ignorancia, no puede ser crueldad, ni desidia. Hombres que se conmueven ante injusticias mucho menos evidentes responden con mensajes defensivos – *not all men* –, paternalistas – *mansplaining* –, o directamente caricaturizando o con sarcasmo ante situaciones inequívocas de violencia machista. Esto se ejemplifica en el conocido mensaje feminista: “[...] no son locos, no son monstruos, no son enfermos. Son hijos sanos del patriarcado”.

Cuando nos centramos en el ámbito de las relaciones – y, sobre todo, cuando hablamos de vínculos que pueden ser íntimos – surge con fuerza imparable el fantasma del machismo más extremo. Ideas como que las mujeres renuncian a su dignidad – los verbos “renunciar” y “vender” se usan a menudo para referirse al cuerpo de la mujer en una metáfora exagerada y terrible – cuando disfrutan del sexo y la afectividad íntima libremente con diferentes personas o sin poner la resistencia “necesaria” – en su virtuoso papel de fortalezas a conquistar, igual de cosificador. Esas mismas conductas en los hombres implican cualidades de macho vencedor. Es una actitud tan claramente injusta, patética y peligrosa que resulta incomprensible lo habitual que es todavía en la sociedad. Entonces, ¿cuáles son las pautas que podrían extraerse de la axiomática anarquista relacional en este caso? Creo que lo primero es mantener en todo momento visibles y bajo control las opresiones y los privilegios, asegurarse de que no sean silenciadas, porque la única posibilidad de que quien tiene privilegios pueda ceder espacios es que escuche. Otros elementos a cuestionar son los roles impuestos: de cuidadora, de responsable de sostener incansablemente lo afectivo... pero también los de solicitante de atención y de víctima, sustituyéndolos por una mirada emancipatoria basada en dotarse de poder simbólico y de responsabilidad sobre la propia agencia, en agruparse y apoyarse como colectivo oprimido en grupos no mixtos, cuando sea conveniente, que desarrollen y difundan la correspondiente mirada crítica desde ese punto de vista imprescindible.

Otro eje fundamental es el decolonial. Cuando se coloniza un territorio o una cultura, se produce el fenómeno de la imposición gradual de la moral y el estilo de vida de las fuerzas colonizadoras sobre el pueblo colonizado. Los principios culturales de quien conquista se vuelven



dominantes y las costumbres y prácticas anteriores se ven como arcaicas, retrógradas e inmorales. En el caso de los pueblos originarios, académicas como Kim Tallbear han estudiado estos procesos de colonización en lo que respecta a los vínculos sociales. Describen modos de vida tradicionales donde las relaciones, la convivencia y los cuidados tienen unos componentes colectivos muy evidentes e interesantes. Estas estructuras se han ido deteriorando por los prejuicios morales de las fuerzas de colonización y sus imposiciones culturales. Entre otros trabajos, en el *blog* The Critical Polyamorist, la autora examina estos cambios culturales que tuvieron uno de sus pilares básicos en el mandato pareja-céntrico y de familia nuclear (Tallbear, 2018). Es lo que llama “*settler sexuality*” – “sexualidad de colonización” – a partir de la definición de Scott Lauria Morgensen de “*settler homonationalism*” – “homonacionalismo de colonización” – como “una heteronormatividad nacional blanca (y cada vez más también homonormatividad) que regula la sexualidad y el género indígena al reemplazarlos con la modernidad sexual de los sujetos colonos” (Morgensen, 2010; Willey, 2016).

Tallbear (2018), que creció en una comunidad indígena, muestra cómo sintió la influencia de la moral de colonización cuando las personas blancas, o incluso la mayoría de las indígenas que se habían adaptado a las mismas narrativas, criticaban como defectuosas, fracasadas, rotas o disfuncionales las familias que seguían las tradiciones de su pueblo. Llamaban adolescentes con embarazos precoces o madres solteras a personas que en la cultura nativa estarían perfectamente integradas y felices, sin etiquetas estigmatizadoras y apoyadas por una red de cuidados totalmente funcional y amorosa. El problema es que las formas heterosexuales amatonormativas han sido impuestas culturalmente en un ejercicio de etnocentrismo y, según Tallbear (2018), las nuevas normatividades como las no-monogamias consensuadas y el poliamor amenazan con crear una situación similar porque no se cuestiona la sexualidad de colonización más que en parte, ampliando el modelo pareja-céntrico a un modelo de parejas múltiples. Es una estructura normativa que sigue sin aceptar las formas de familia indígenas, la importancia de la solidaridad colectiva, las redes de cuidado y afecto, la relación sostenible con las demás personas y con el entorno natural como modelos exitosos de vida y base de los vínculos.

La cultura occidental tiene una fuerte creencia de superioridad sobre las demás tradiciones culturales. Esta creencia se basa en hechos objetivos como el dominio militar, científico y tecnológico, pero se aplica de forma automática a aspectos religiosos y morales como el monoteísmo frente al politeísmo, la relación con la naturaleza – dominio frente a fusión – o las relaciones entre las personas – monogamia estructural frente a diferentes formas de poliginia y poliandria. Hay unas firmes y establecidas certezas culturales sobre cuál es el Dios verdadero – incluso las personas



ateas han de mantener cierto respeto para no ofender el “sentimiento religioso” de las personas creyentes en estos grandes dioses – y cuáles son ídolos “infantiles” de tribus atrasadas sobre los que no se tiene ningún problema en bromear y caricaturizar. También sobre la naturaleza, que la humanidad está alterando hasta niveles propios de un desastre planetario, y sobre las relaciones y el amor.

El amor occidental, romántico, libre, arrebatado e inspirador de infinitas obras de arte es el único “auténtico”. Cualquier otra forma de relacionarse se considera una cosa horrible impuesta por culturas primitivas. Llama la atención de que todo lo que no se hace en nuestro entorno lo consideramos impuesto por mandatos culturales tiránicos. Lo que nosotros practicamos, no, aunque casualmente lo hagamos igual que otros mil millones de personas. Del mismo modo que no reconocer a un único Dios, elevado, sublime, sagrado y supremo, se considera una señal de primitivismo, no reconocer a un único amor, elevado, sublime, sagrado y supremo, se percibe como una señal de inmoralidad, de inferioridad, de herética y salvaje ignorancia.

Otros ejes de autoridad, más propios del fenómeno relacional propiamente dicho son los determinados por los conceptos de alosexismo y la amatormatividad. El alosexismo es el prejuicio que estructura y discrimina las relaciones en función de la existencia en ellas o no de relaciones sexuales, apoyándose en la asunción de que todas las personas experimentan atracción sexual y que esta es una parte esencial y constitutiva de la vida humana. El alosexismo asigna un valor inferior a las relaciones que no contienen prácticas sexuales, invisibilizando y estigmatizando así a las personas que no sienten atracción sexual o que la sienten de forma diferente, como las personas asexuales, grissexuales o demissexuales. La amatormatividad es la creencia de que el amor romántico es universal, deseable y superior a otras formas de afecto o vinculación (Brake, 2012, 2018). La amatormatividad implica que todas las personas quieren y necesitan tener una pareja romántica y que esta debe ser el centro de su vida afectiva. La amatormatividad ignora y desvaloriza otras formas de relacionarse, como la amistad, la familia elegida y las redes afectivas.

La sociedad valora más los vínculos que combinan intimidad sexual y conexión afectiva de acuerdo con los rasgos románticos normativos. Es común escuchar testimonios de quienes están explorando formas relacionales distintas, contando cómo – después de explicar a alguien cercano lo bien que nos sentimos con cierta persona que hemos conocido, cuántas cosas compartimos, aprendemos y disfrutamos en su compañía – nos encontramos con la misma pregunta, la misma curiosidad: “pero ¿tenéis sexo?”. Y no siempre es por morbo o cotilleo malicioso, sino por deseo sincero de saber hasta qué punto ha avanzado la relación. Si es algo serio o si es “solo amistad”. La anarquía relacional cuestiona el alosexismo como eje normativo y plantea una llamada, de nuevo,



a la autogestión de la sexualidad compartida, sin normas a priori ni expectativas. En este sentido, una relación que incluyera cercanía física de cualquier tipo sería tan valiosa como una que no la tuviera. Pero no como un estado inicial o intermedio, o como algo a problematizar, o incluso como anuncio de un fin del vínculo, sino como una posibilidad en sí misma, tan válida como cualquier otra, en cualquier momento y con cualquier duración.

La obligatoriedad de rasgos como el erotismo, la sensualidad, el contacto corporal genital o no genital, funciona como un vector más de violencia normativa. En la interpretación de la anarquía relacional por parte de las personas asexuales, se destaca lo importante que es para alguien que no siente deseo sexual o alguien que experimenta una erotización diferente a la tipificada como normal, poder desarrollar vínculos tan profundos y apasionados, con tanta ternura, dedicación y amor como cualquier otra persona. Liberarse del alosexismo dominante supondría liberar nuestro esquema relacional de la violencia que representan estas limitaciones propias y de la que conlleva el devaluado reconocimiento social de las conexiones que no cumplen los requisitos de unión reproductiva. Una unión homosexual tiene ya cierto grado de aceptación social, pero menos valor que una relación heterosexual, y una unión abiertamente asexual todavía menos: socialmente es una “simple” amistad.

En otros enfoques, como el poliamor o las no monogamias consensuadas, el interés original, del que derivan las construcciones léxicas de estos términos, es específicamente el rechazo a la exclusividad de las relaciones íntimas, amorosas o sexuales, románticas o de pareja – en las entradas de la Wikipedia sobre poliamor, por ejemplo, en asturiano, catalán, inglés, italiano o portugués se hace referencia a la “intimidad”; en castellano y vasco se habla de relaciones “amorosas o sexuales”; en alemán solo de “amorosas”; en francés “románticas” y en gallego de relaciones “análogas a las de pareja”. Pese a que las personas y colectivos que se identifican con estos paradigmas relacionales han ido evolucionando por diferentes vías y asumiendo muy diversos matices en diferentes territorios y países, como se ha dicho ya, el enfoque original aborda la “no exclusividad” porque son los amorosos o románticos los tipos de vínculo en los que el orden hegemónico exige precisamente la exclusividad sexoafectiva. Y en particular porque incluyen prácticas de intimidad sexual como ingrediente importante. No resulta sorprendente en la narrativa estándar que una persona diga que “quiere mucho” o “ama” a otra persona distinta de su pareja, porque ese sentimiento de amor se matiza, se difumina y diluye en el fluido social de la amistad o el parentesco familiar sin más problemas. Otra cosa sería que dijera que disfruta del sexo con alguien que no es su cónyuge. Por tanto, hay un inevitable sesgo alosexista en la focalización sobre la monogamia y su alteridad expresada en el prefijo “no mono” – y lo mismo cuando se



habla específicamente de poliamor con el prefijo “poli”. Es un sesgo de autoridad normativa, al que se tiene que oponer la formulación teórica de la anarquía relacional por pura coherencia con las consecuencias de los principios que la inspiran.

Hay personas que no sienten atracción sexual pero sí amor, afinidad personal, intelectual, lúdica, etc. Otras, legítimamente, rechazan el modelo del amor romántico – bien porque no se adaptan a ese esquema o bien como una elección individual, ideológica o pragmática. Nada impide que quienes se identifican con estas identidades disidentes experimenten al mismo tiempo un profundo deseo de vincularse de un modo no trivial con otras personas. Esto tiene un difícil encaje en el modelo de relaciones hegemónico, pero en un entorno en el que no se establecen de antemano cuáles son las conductas esperadas en un vínculo más o menos íntimo, la presión es sin duda mucho menor y las posibilidades infinitas.

Para quienes forman parte de la comunidad asexual, la anarquía relacional es relevante porque es el único planteamiento que permite combatir el alosexismo, es decir, elimina el sexo como indicador y medida del valor de las relaciones. En un contexto social común, o incluso abierto, renovador, no monógamo, la respuesta a la pregunta “¿pero tenéis – ya – sexo o no?” puede suponer la diferencia entre una relación de un nivel poco significativo – “solo amigos” – y una relación importante.

De hecho, uno de los textos más citados en los últimos años en el ámbito de la anarquía relacional es la entrada “Relationship Anarchy Basics” en el *blog* The Thinking Asexual – ahora The Thinking Aro, la abreviatura de “aromantic” (Relationship [...], 2014). En él, como en otros análisis, se parte de los referentes en conflicto en ese momento: monogamia y poliamor, y se asume que la anarquía relacional ha de compararse con el segundo de estos referentes más que con el primero o incluso, erróneamente, que es una forma de poliamor. Y, en cuanto a los elementos clave que se enfatizan, son lógicamente los que tienen que ver con el sexo y el romance.

En este sentido, el texto empieza planteando que una persona poliamorosa puede ser tan amatonormativa como una persona monógama – es una obviedad: ambos tipos de relación son amatonormativos por construcción. En los dos casos se distinguen las expectativas y los comportamientos, y se separan los espacios y momentos en función de si una relación tiene asignada la etiqueta “romance + sexo” o no la tiene. Se limitan así la intimidad, el cuidado, el compromiso y ciertos niveles de atención en función de esos rasgos relacionales. La autora continúa diciendo que las personas que se identifican con la anarquía relacional, sin embargo, parten de la indeterminación y van gestionando el desarrollo de cada vínculo sin expectativas ni conductas especificadas de antemano.



Para una persona asexual, que ha dedicado esfuerzo durante años a explicar que no tiene una enfermedad, que no experimenta una carencia, que no todo el mundo percibe como necesaria la atracción sexual para ser feliz, resulta duro enfrentarse al iniciar cada nueva relación con la exigencia de aceptar la práctica sexual si quiere tener acceso al nivel de intimidad, conexión y complicidad que desea. Y lo mismo respecto a personas que no quieren compartir los códigos, las obligaciones y los mitos del amor romántico. Es la sensación de que se les impide formar vínculos de acuerdo con sus propios deseos y condiciones, al menos en parte.

Dicho de otra manera – recuperando los rasgos de la “marca pareja” –, si una persona asexual busca un proyecto de convivencia, de ternura e intimidad emocional profunda, de cercanía física y sensual, de compartir vulnerabilidades, de compartir crianza y de compromiso a largo plazo, ha de salir necesariamente de las categorías previstas normativamente, pues en el ámbito de la amistad se encontraría con algo muy distinto a lo que desea y en una articulación de pareja normativa estaría llevando a la otra persona a la abstinencia o a la infidelidad.

4 Armarios

Las prácticas normativas implican mecanismos de control – y autocontrol – pero no necesitan explicar todos sus criterios de funcionamiento, ya que estos están determinados por el canon cultural y los conocemos bien, o incluso se presentan como automatismos intuitivos. En cambio, las prácticas no normativas requieren un esfuerzo constante de comunicación para definir, evaluar y mejorar cada aspecto de un modelo que, al ser autogestionado, es específico, consciente y flexible.

La forma en que cada individuo se comunica con las personas con las que tiene una relación más intensa puede variar mucho, con diferentes grados y matices que dependen de los gustos, necesidades, compromisos y límites de las personas involucradas. La manera en que se comunica con el exterior también depende de muchos factores y puede tener muchas formas compatibles con la anarquía relacional.

Siguiendo una interpretación directa, si se entiende la anarquía relacional como un planteamiento personal y político a la vez, solo una actitud de apertura y proselitismo activo tendría sentido. No se puede persuadir a nadie de algo si no habla de ello, si no se muestra esa realidad y se defiende. Pero, aunque el activismo es importante, sería absurdo plantearlo como algo obligatorio, como un mandato normativo, cuando estamos hablando de superar precisamente las normatividades. La versión de activismo más coherente en el marco de la anarquía relacional es la que la plantea como política de estilo de vida o política prefigurativa más que como un



movimiento político convencional. En esta versión, la anarquía relacional no se concibe como un partido o una organización sindical sino como una propuesta que construye realidad haciendo, no diciendo. En el día a día, no participando en campañas y elecciones. Está claro que sin algún tipo de difusión no habría manera de cambiar nada a nivel social, pero la difusión y la construcción de mayorías no es aquí el objetivo, ni siquiera es el mecanismo principal como en otros ámbitos políticos. Aunque también es cierto que cuanta más visibilización y normalización se consiga, más fácil será llegar al objetivo de componer y ampliar las redes de afecto, apoyo mutuo y vínculos profundos, con compromiso y libres al mismo tiempo.

Expresar abiertamente la anarquía relacional es una opción que ayuda a esos procesos importantes de reconocimiento y aceptación que antes siguieron otros colectivos como el LGBTQIAP+. Pero es fundamental tener en cuenta que, como siempre, el género, la clase social, el origen geográfico, la situación administrativa, económica, laboral, familiar, el entorno sociocultural y tantas otras cosas influyen mucho en esa opción. Por ejemplo, a una persona vista socialmente como mujer, le resultará difícil explicar su opción relacional sin que su entorno le atribuya automáticamente rasgos de determinada moral asociada a la promiscuidad, la disponibilidad sexual y otros muchos, en general negativos. Si además es no heterosexual, migrante, pobre, racializada, sin papeles, con empleos precarios, criaturas a su cargo y un entorno familiar machista y tradicional etc., entonces probablemente sea un notable riesgo expresar públicamente sus puntos de vista y sus prácticas relacionales no convencionales.

5 Desequilibrios de poder

Conceptos como libertad, responsabilidad, expectativas, acuerdos, compromisos, deseos, cuidados, consideración, esperanza, sinceridad o consentimiento no tienen el mismo significado ni la misma proyección ni alcance cuando los vive y expresa una persona con amplia capacidad de elección, decisión y agencia, con unos niveles altos de seguridad, empoderamiento y autoestima, y en condiciones de manejar sus emociones y sus miedos, que cuando afectan a quien no está en esa situación.

Por eso, cada vez que en una fórmula aparecen estos temas, es indispensable incluir en el análisis los ejes de desigualdad que están actuando. Los compromisos que puede asumir una persona no son iguales a los que puede asumir otra, las responsabilidades tampoco, pues dependen del poder.

Las expectativas de alguien vulnerable están muy lejos de las de una persona con poder y autonomía, igual que los deseos y las actitudes ante la propuesta de un acuerdo o la capacidad



de rechazar el consentimiento cuando la fragilidad se une a una baja disposición asertiva. Es más fácil comunicar y empatizar desde la cima del privilegio que cuando se está mirando hacia arriba. También es más fácil ofrecer sinceridad, conexión, dulzura y generosidad desde una posición de poder, segura y estable. Y más opresivo exigir las.

Por lo tanto, el desarrollo de relaciones con personas con menos poder en algún eje como el económico, el reconocimiento social, el profesional, la edad, la nacionalidad o la racialización, el género, la historia personal, la madurez, la necesidad de afecto o cualquier otro, o una combinación de varias dimensiones, es fundamental prestar una especial atención e intentar actuar con una enorme sensibilidad y consideración.

Como decía Andie Nordgren en un artículo en 2018,

[...] debemos considerar lo que Jo Freeman en 1971 llamó tiranía de la falta de estructura. La desaparición de la estructura puede convertirse en poder y beneficiar a aquellos que lo poseen de partida. La anarquía relacional debe estar equipada con este análisis de poder, y estar abierta a admitir cierta estructura en las relaciones, cuando sea necesario para proteger a unos individuos de otros (Freeman, 1972).

6 Cambio estructural

La idea anarquista clásica de la ayuda mutua se extiende al ámbito de las relaciones en la anarquía relacional. Se trata de cambiar el mandato cultural que crea burbujas aisladas de afecto, cuidado y protección, egoísmo familiar o de clan por una forma de relacionarnos que no haga depender el cuidado, la atención o la consideración de la categoría jerárquica de la relación.

Si un individuo cuida y se siente cuidado por una red de personas con las que lo unen pasiones y apegos quizá diferentes, con distintos componentes: más o menos intimidad, más o menos frecuencia, más o menos vida en común, entonces puede que no viva la atracción hacia un nuevo afecto desde la carencia, que no se aferre a un clavo ardiendo, que disfrute y valore lo bueno de las personas sin la ansiedad de que puede terminarse en cualquier momento. En esa situación ideal, puede dar y no limitar su entrega y su ayuda porque sabe que no le van a faltar compensaciones, que quizá no serán devoluciones que vengan del mismo lugar sino de otros, pero que acabarán sosteniéndonos colectivamente porque seremos una red.

En ese sentido, creo importante recordar que las personas con más poder económico y social, con más recursos, tienen ya, sin cambiar nada, alternativas de acceso a cuidados, confort, compañía y atención. Tienen habilidades, contactos y tiempo para buscar todo eso o incluso para pagarlo sin más. Son las personas más vulnerables, las que están en el otro extremo de los ejes de poder e influencia, las que más beneficios obtendrían de otra forma de organizar socialmente los vínculos mediante redes de atención y afectos.



7 Conclusiones

La construcción cultural que vertebra el sistema relacional monógamo establece que la construcción de los vínculos funciona de acuerdo a un mecanismo de adquisición, posesión, garantía, seguridad, blindaje y protección destinado a consolidar la solidez del tipo de relación jerárquicamente superior: la romántica. Este enfoque vital tiene su punto de partida en el enamoramiento y evoluciona hacia una posición a defender, un baluarte representado por la relación conyugal, ya sea monógama o no. No es casualidad que este vocabulario adopte resonancias bélicas, ya que se trata de un constructo diseñado principalmente por hombres y adaptado especialmente a las características y habilidades atribuidas a la masculinidad.

Los aspectos asociados a la feminidad hegemónica, como los cuidados o la comunicación, forman parte integrante de la cotidianidad de las relaciones, aunque permanecen en un discreto segundo plano. Se manifiestan como procesos que se desarrollan de manera orgánica y continua, expresando afecto, cariño, atención y amor, pero no conforman la totalidad de lo que se considera “la relación” en el planteamiento convencional.

Según el enfoque hegemónico monógamo, la relación es tratada como un ente casi autónomo, un proyecto, un enlace o una alianza, y no como un intercambio cotidiano de apoyo, experiencias, atenciones, afinidades y confidencias. No se busca desacreditar la presencia de estos elementos en una relación romántica, al menos durante ciertos períodos y en casos afortunados sin fecha de caducidad, sino señalar que la relación no se reduce a esto. La relación estereotipada está construida épica y predominantemente según los rasgos del cliché masculino, enfocada en la idea de objeto y propiedad, en lugar de los rasgos que predominan en la socialización femenina, más humanos y centrados en los procesos y la solidaridad.

Todo esto es reflejo de un eje de autoridad de gran relevancia en el ámbito de la normatividad de las relaciones: el asociado al género. Esta dimensión atraviesa prácticamente todos los ámbitos sociales y vitales, pero destaca de manera significativa en el contexto relacional, donde se manifiesta como el primer eslabón de un extenso arsenal de herramientas empleado por el patriarcado para ejercer control y subordinación estructural sobre las mujeres.

En la cultura occidental, el mito romántico hetero-monógamo ha desempeñado un papel central en los últimos dos siglos como la principal herramienta cultural que sostiene un esquema moralmente aceptable por amplias mayorías sociales. Este esquema permite que las mujeres ocupen un lugar claramente diferenciado, dedicadas a la reproducción, la familia y los cuidados.

Es un mito que posiciona a las mujeres en un pretendido lugar simbólicamente superior,



como objetos de conquista por parte de los hombres, pero al mismo tiempo las cosifica y las subordina materialmente al mandato de ser atractivas y dignas del amor de los varones más poderosos. Las sitúa en la competencia constante con otras mujeres, generando una permanente inseguridad y miedo respecto a la decadencia de la belleza física. Además, las coloca en la encrucijada del fracaso asociado a la soltería y las fuerza a adoptar una actitud de dulzura obligada y sumisión mansa a las reglas, so pena de enfrentar la marginación y la expulsión de la carrera hacia el ideal romántico ante la más mínima insurrección. Estas consecuencias son similares a las que aparecen a partir de otros ejes de autoridad como son los relacionados con la economía, las condiciones materiales, los capitales simbólicos, el eje colonial y el alosexista y amatonormativo.

En este sentido, el concepto de anarquía relacional implica no seguir las normas que dictan cómo debe ser cada relación, como si fuera un objeto o una caja con una etiqueta. En su lugar, propone ver las relaciones como procesos, cambios, transformaciones. Como un “hacemos” o “nos apetece hacer” en lugar de un “somos” o “queremos – o creemos – ser”. Como un camino donde las emociones, las pasiones y las complicidades son tan importantes como las inseguridades y las carencias, y no características de una situación o de un estado – civil. Sin esos mecanismos de control que funcionan como palancas de una máquina coercitiva: el temor al fracaso, a la soledad, a la exclusión o a perder la etiqueta, el patriarcado se queda sin una herramienta esencial: la burbuja social de la pareja convencional, el modelo de relación dominante, el propósito de vida que se nos exige para ser personas felices y realizadas.

El modelo de éxito, de competencia y de individualismo en pareja es una competición en la que solo triunfa el más poderoso, una lucha diseñada para sostener la estructura patriarcal y el resto de los ejes de dominación prevalentes en nuestras sociedades. Cuando las relaciones de calidad garantizada: el amor, la pareja, la familia convencional, se consideran como recursos – limitados y exclusivos – que hay que conseguir y mantener, el resultado no puede ser otro que el de la ventaja y el control por parte de las personas más favorecidas y por tanto el fortalecimiento de los vectores de opresión, sobre todo el de género.

La idea central del anarquismo social tradicional es la relevancia de lo colectivo como agente activo de la organización y como factor a respetar y cuidar – y del que recibir respeto y cuidado. Por eso, la anarquía relacional se opone al modelo de valores dominante enfocado en la pareja reproductora para crear una estructura de valores diferente basada en la comunidad, pero sin imponer una nueva normatividad que controle los sentimientos, la intimidad, los proyectos o cualquier otro aspecto para convertirlo en una vivencia pública, sino deshaciendo un sistema que establece una jerarquía en la que la relación de pareja está por encima de las demás relaciones.



Estas relaciones que no se valoran, las que podrían crear una auténtica red de sentimientos, cuidados y solidaridad, se ven sometidas a los intereses y necesidades de la pareja manifestados en forma de acuerdos y consensos forzados – para ellos mismos o para otras personas. Por eso, el resultado es una estructura social fragmentada y más fácil de manipular de forma normativa y centralizada. Más vulnerable a los reclamos publicitarios, a las comparaciones, a los incentivos y más inclinada a la competencia, al consumo y a cumplir altos niveles de exigencia de rendimiento productivo. Lo que se propone, pues, es una organización relacional que se enfoque en lo colectivo, que cree una red en vez de construir un pedestal con una persona de referencia encima – o varias, el efecto es el mismo. Y, como resultado de ese nuevo enfoque, que la herramienta esencial para asegurar el mantenimiento del modelo deje de ser la coerción – y autocoerción – aprendida y se convierta en la comunicación.

Referencias

BARBOSA, Mônica Araújo. *Poliamor e relações livres: do amor à militância contra a monogamia compulsória*. Rio de Janeiro: Multifoco, 2015.

BEAUVOIR, Simone de. *El segundo sexo*. Traducción: Alicia Martorell. Madrid: Cátedra, 1998. (Feminismos).

BENGSTON, Anki. ¿Dónde y cuándo surgió todo? En: PÉREZ-CORTÉS, Juan-Carlos. *Anarquía relacional: una revolución desde los vínculos*. Recife: Titivillus, 2020. local. 18-22.

BRAKE, Elizabeth. Do subversive weddings challenge amatonormativity? Polyamorous weddings and romantic love ideals. *Analyze: journal of gender and feminist studies*, Germany, v. 11, n. 25, p. 61-84, 2018.

BRAKE, Elizabeth. *Minimizing marriage: marriage, morality, and the law*. Oxford: Oxford University Press, 2012. (Studies in Feminist Philosophy).

CRENSHAW, Kimberlé. Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: a black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, Chicago, v. 67, n. 1, p. 139-167, 1989.

FREEMAN, Jo. The tyranny of structurelessness. *The Second Wave*, United States, v. 2, n. 1, p. 1-6, 1972.

MORGENSEN, Scott Lauria. Settler homonationalism: theorizing settler colonialism within queer modernities. *GLQ: a journal of lesbian and gay studies*, New York, v. 16, n. 1-2, p. 105-131, 2010.



NORDGREN, Andie. *Fråga Dr Andie Relationsanarki i praktiken: frågor och svar från en radikal hjärtespalt*. Victoria: Leanpub Books, 2012.

NORDGREN, Andie. The road to relationship anarchy. *MELK Enkeltutgave / Kjærlighet*, [s. l.], n. 6, p. 75-77, 2018.

PÉREZ-CORTÉS, Juan-Carlos. *Anarquía relacional: la revolución desde los vínculos*. Madrid: La Oveja Roja. 2020.

PILÃO, Antonio Cerdeira. Ativismos não-monogâmicos no Brasil contemporâneo: a controvérsia poliamor – relações livres. *Sexualidad, Salud y Sociedad*: revista latinoamericana, Rio de Janeiro, n. 38, p. 1-24, 2022. Disponible en: <https://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/SexualidadSaludSociedad/article/view/58157>. Acceso en: enero de 2025

PORTWOOD-STACER, Laura. *Lifestyle politics and radical activism*. London: Bloomsbury, 2013.

RELATIONSHIP Anarchy vs. Nonhierarchical Polyamory. *The Thinking Aro*. [S. l.], 20 Mar. 2014. Disponible en: <https://thethinkingasexual.wordpress.com/2014/03/20/relationship-anarchy-vs-nonhierarchical-polyamory/>. Acceso en: enero 2025

TALLBEAR, Kim. Making love and relations beyond settler sex and family. En: CLARKE, Adele E.; HARAWAY, Donna. *Making Kin Not Population*. Chicago: Prickly Paradigm Press. 2018. p. 145-166.

VASALLO, Brigitte. *Pensamiento monógamo: terror poliamoroso*. Madrid: La oveja Roja, 2019.

WILLEY, Angela. *Undoing monogamy: the politics of science and the possibilities of biology*. Durham: Duke University Press, 2016.

